

Confundiéronse de nuevo en el aire las palabras de terrible condenación. Aumentó el desasosiego y a través de aquel enjambre de voluntades hostiles a nuestro héroe, se perfiló una sola idea. ¿Qué razón había ya para retener a Itacos en el Cielo? ¿No habían fallado todas las tentativas de conformar su pensamiento con las especies de la conciencia sobrenatural? «¡Anatema! ¡Anatema!» —volvió a oírse por doquier. Era un incontenible *in crescendo*, que rodaba como un trueno ensordecedor. Todo el ámbito celestial se llenó de estas tremendas resonancias. Flotaban en el aire, como impulsados por un torbellino de indignación, los rubios rizados de los ángeles y los amplios mantos de los Apóstoles, y las túnicas iluminadas de las vírgenes mártires. Se había encendido aquella especie de atmósfera ideal en que todo aparecía inmerso. San Jerónimo denotaba en la crispación del rostro, la cólera interior que sentía; Jacob mesóse la crespada barba negra que le cubría la faz, y la brillante espada del arcángel San Gabriel flameó de nuevo como afilada antorcha.

De entre aquella muchedumbre de almas, consumidas por idéntico furor, destacóse una de bien denotada fortaleza. Anchos y recios los hombros, robusto el cuello, de gañán, y todo musculoso y membrudo, casi como un cíclope. Atezada la piel, y el pelo y la barba abruptos como maleza. Era San Cristóbal, cuyo porte varonil había inspirado al Ticiano. Se adelantó hacia nuestro héroe. Le hizo girar convenientemente, y tras de colocar la planta del pie desnudo en aquella parte de Itacos que en el Mundo le sirviera para sentarse, imprimióle vigoroso impulso.

El gran filósofo de San Marino había sido arrojado del Cielo.

¡Itacos! parecía que decían las esferas al girar en el espacio. ¡Itacos! gritaron las almas, abandonando por un momento su natural continencia. ¡Itacos! exclamaban todos los mundos habitados. Después sonó una terrible risa cósmica, que fue despeñándose por el éter hasta llegar a los más apartados rincones del Universo.

PEDRO ROMERO MENDOZA



El mar cercano

Atrás quedó el torrente, quedan lejos
las afiladas aguas y la roca
pulida día a día
por las limpias arenas, tan someras
que cualquiera vería sus tesoros
desde la misma orilla.

Atrás quedó aquel sol de madrugada
que filtraba los iris
en el polvo cernido de la espuma
y los zurcía luego con la hierba.

Atrás quedó el chaparro, bronco y joven,
el madroño, los brezos y la jara
con el color moreno
y un zumbido de abejas
en las llagadas flores aromosas.

Y atrás quedó el azor, el risco agudo,
el águila caudal y aquel lucero
que navegaba sólo
la más inaccesible altanería.

Ahora tengo las aguas
 afluidas de mucha sangre noble,
 he cavado profundo el cauce y llevo
 las sales de la tierra
 disueltas en el pecho.

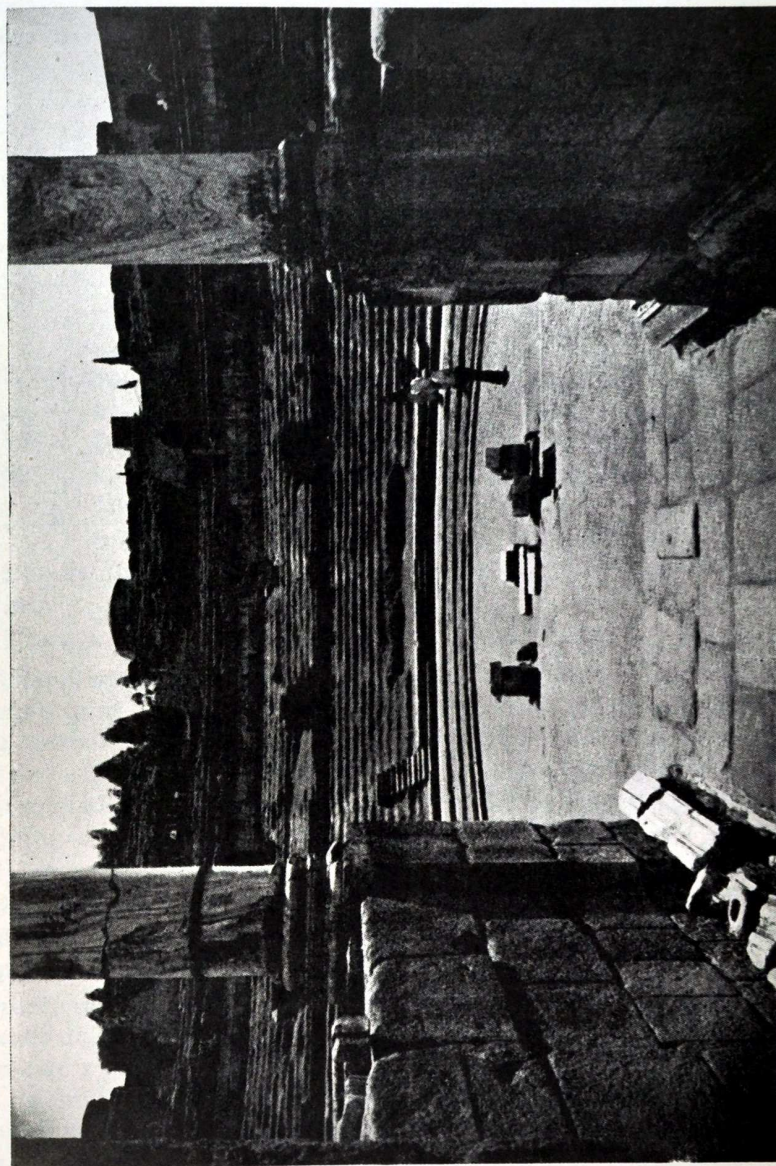
Camino la meseta por lo ancho
 y fecundo los panes y la encina.

En jácaras y arrullos,
 la perdiz y la tórtola
 me pagan esa sed que les sosiego
 y el berrocal, adusto,
 se acerca a mis orillas
 buscando la caricia de mis manos.

Tengo adelfa y laurel, lo tengo todo
 y todo lo derramo con el gozo
 de dar a todas horas, caridando.

Cuando llega la noche,
 el cielo entero es mío
 y Dios me da la mano y me acompaña
 porque estamos contentos
 y el mar queda ya cerca.

JOSE CANAL



ALBUM EXTREMEÑO. — Mérida: Teatro romano. Detalle del graderío. (Foto Arribas).